

OPINIÓN

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

IMPUESTOS Y REDISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

OBRA TEATRAL

La falacia de Robin Hood

- ALFREDO BULLARD -
Abogado

Es un personaje popular, sobre todo entre los políticos. Marca los discursos. Todos quieren quitarle a los ricos para darle a los pobres. Así, dicen, se elimina la pobreza. Hay que subir los impuestos para distribuir y generar regulaciones que hagan que las empresas asuman costos en supuesto beneficio de los consumidores o los trabajadores.

Todos dicen que quieren ser Robin Hood. Pero solo lo dicen. En realidad hacen algo muy distinto.

Robin Hood ha sido muy mal interpretado. Sus enemigos principales eran Juan Sin Tierra y el sheriff de Nottingham. El primero encarnaba al Estado. El segundo era el recaudador de impuestos. Tomaban dinero de la gente y lo redistribuían. Pero no a los pobres, sino a sus allegados que iban a convertirse en personas aun más ricas. La fuente de la riqueza no era el mérito sino el privilegio.

Robin Hood tomaba el dinero recaudado de los impuestos o distribuido por el otorgamiento de privilegios, para devolverlos a los contribuyentes o a las personas que se hubieran beneficiado con su buen uso. La justicia robinhoodiana, más que una justicia distributiva igualitaria, es una justicia retributiva, donde se devuelve lo que fue tomado injustamente.

Otro personaje de la literatura refleja el mismo espíritu. Ragnar Danneskjöld aparece en "La rebelión de Atlas", la novela de Ayn Rand. Se trata de un pirata de origen

noruego que se dedica a asaltar barcos que llevan riquezas derivadas de los privilegios creados por el Estado, a fin de devolver el impuesto a la renta a ciertas personas a quienes se les había cobrado solo por haber tenido la capacidad de generar riqueza. De hecho, en un pasaje del libro Danneskjöld critica abiertamente la interpretación común que se da a Robin Hood.

Lo cierto es que el discurso de los

MERCANTILISMO
Se basa en la negación de la competencia. Los recursos públicos se usan para el bien privado de unos pocos.



políticos emulando a Robin Hood rara vez se cumple en realidad. Carlos Rodríguez Braun dice, con acierto que, a través del Estado, la riqueza no se redistribuye de ricos a pobres, sino de grupos organizados a grupos desorganizados.

Los grupos organizados desarrollan capacidad de influencia sobre las decisiones políticas y generan la capacidad de desviar los recursos existentes para su privilegio. Es lo que se llama mercantilismo y que, con mucha ligereza, suele confundirse con el capitalismo, a pesar de ser su antónimo.

Estos grupos organizados invierten recursos en generar decisiones

políticas que los favorecen y se aprovechan de la inacción de los desorganizados (usualmente ciudadanos de a pie). En ocasiones lo hacen a través de lobbies poco transparentes o presión política. A veces por medio de sindicatos y cárteles. Otras simplemente mediante corrupción. Allí están empujando que se creen aranceles, que se impongan derechos antidumping a productos más baratos para castigar a los consumidores, que se creen regulaciones que reduzcan la competencia o peleando por subsidios que salen de los impuestos de todos. Y la lista es interminable. Al hacerlo ganan beneficios no en el mercado, luchando por las preferencias de los consumidores, sino en los pasillos del Congreso, de los ministerios y de las demás entidades públicas.

Mientras el capitalismo se basa en la fuerza de la competencia, el mercantilismo se basa en su negación. Los recursos públicos no se usan para el bien común, sino para el bien privado de unos pocos.

Estos grupos organizados se aglutinan en torno a un interés del grupo mismo. Utilizan al Estado para lograr lo que no podrían lograr en el mercado. Cuando los Robin Hoods o los Ragnar Danneskjölds los atacan, lo hacen porque su riqueza es ilegítima, pues no se basa en el verdadero mérito (el acuerdo libre), sino en la expropiación de la voluntad ajena por medio del uso del monopolio de la fuerza y la ley por parte del Estado. Y en esas circunstancias, ladrón que roba a ladrón parece merecer cien años de perdón.



ILUSTRACIÓN: VICTOR AGUILAR

MIRADA DE FONDO

Chile y la nueva mediocridad

- IAN VASQUEZ -
Instituto Cato

La presidenta chilena, Michelle Bachelet, continuó avanzando esta semana en su extensa agenda por agrandar el papel del Estado en la sociedad. La Cámara de Diputados aprobó una reforma educativa que eliminaría en gran parte la competencia en ese sector.

La mayoría de los estudiantes chilenos asisten a escuelas privadas o municipales escogidas por sus padres con ayuda financiera del Estado. La reforma aboliría ese sistema de "cupos educativos" y en vez destinaría esos fondos únicamente a escuelas públicas. Como lo explicó el ministro de Educación en un momento de franqueza, antes de luego retractarse, hay una "cancha enlozada" en que la educación pública anda descalza y su competidor anda "corriendo con patines de alta velocidad [...]". Primero tengo que bajar al otro de los patines.

Lo están logrando. Lo irónico es que bajo el argumento de reducir la desigualdad, se conseguirá lo opuesto. Chile tiene el mejor sistema

educativo en América Latina y el rendimiento de sus estudiantes en las materias puestas a prueba es el mejor de la región. Y si bien tiene mucho que mejorar, es también uno de los países que más rápidamente lo está haciendo en las pruebas internacionales. La desigualdad entre ricos y pobres, tanto en la participación educativa como en el rendimiento escolar, ha caído significativamente en Chile, y esa última brecha es más chica en este país que en varias naciones desarrolladas como Francia y Alemania.

Al centralizar la educación en el sector público, aumentará la desigualdad. No serán los hijos de la clase alta que dejarán de asistir a las escuelas privadas de alta calidad; serán los estudiantes de clase media y baja los que se verán forzados a asistir a escuelas públicas que, a su vez, tendrán menos competencia. Si nos guiamos por la experiencia internacional, el mero hecho de gastar más en el sistema educativo público no garantizará una mejora de calidad, y muy proba-



blemente lo empeorará al fortalecer el monopolio estatal.

La reforma educativa es parte de una agenda intervencionista más extensa que tiene a una creciente cantidad de chilenos y extranjeros inquietos sobre el rumbo del país. El "Financial Times" declaró que a siete meses del gobierno de Bachelet, Chile ahora representa "la nueva mediocridad". El bajo crecimiento de 2% que espera Chile este año se debe en buena parte a la agenda de la mediocridad y las expectativas que está creando.

Bachelet no solo está tirando al lado el mejor sistema educativo en la región y reemplazándolo con un modelo que ha dado resultados pésimos en todo el continente. Su gobierno ha aumentado los impuestos a las empresas del 20% al 35%, ahora uno de los más altos entre los países avanzados, en tiempos en que la tendencia es a la baja. Propone reducir notablemente la flexibilidad laboral, una de las grandes ventajas de Chile en la región.

No solo está reduciendo las libertades económicas en lo que es una de las economías más libres del mundo, sino que propone reformar la constitución de la democracia más exitosa de la región. En la práctica, tal reforma promete, entre otras cosas, debilitar los derechos de propiedad privada y crear un Estado de bienestar altamente despilfarrador en momentos en que tal modelo está llevando a países europeos desarrollados a la crisis y la recesión crónica.

No sorprende que un ataque tan frontal a las políticas e instituciones que han probado estar entre las mejores del mundo y la región estén creando expectativas negativas. El ex ministro de Hacienda Hernán Buchi calcula que a 5 años el ingreso per cápita será "casi 15% menor al que pudo haber sido" y el Estado "recaudará US\$8 mil millones menos". Pero de lo que pude observar de la sociedad civil durante una visita a Chile esta semana, aún hay tiempo y fortaleza institucional para que la nueva mediocridad no avance más.

"La cautiva"

PEDRO JOSÉ LLOSA
Educador



Si creíamos que el peor legado del conflicto armado interno fueron las muertes de tantos peruanos inocentes, posiblemente nos estemos quedando cortos: está, además, la humillación después de la muerte. Desde la indiferencia más inocente hasta la necrofilia más vil, los excesos del terror fueron más allá de las vidas que truncaron porque supieron llegar también al imaginario, la tradición y el recuerdo de aquellos deudos que sobrevivieron a la peor carnicería humana de nuestra historia reciente.

Ese es al menos uno de los ejes de "La cautiva", obra que el teatro La Plaza estrena esta semana bajo la dirección de Chela de Ferrari y un elenco de jóvenes actores de gran talento. Aunque una hora y cincuenta minutos zambullido en la remembranza de las pasiones más escatológicas de una guerra sin cuartel puede ser la más angustiosa prueba de resistencia para cualquier espectador, el guion del escritor peruano Luis Alberto León y el cuidado estético de su escenificación permiten al público digerir el infierno sin riesgo de asfixia.

Ese es quizá el mayor mérito artístico de la propuesta de Chela de Ferrari: hacer del contrapunto entre la vida idílica de una adolescente ayacuchana y la opacidad de la morgue que la alberga minutos después de su muerte, la alegoría de un país atrapado e incendiado por sus odios más complejos. Porque es en esa ruinoso sala de necropsias—escenario del único acto de la obra—donde se ensaya una radiografía del Perú andino de los ochenta, animado por sus ilusiones y sus fiestas pero al mismo tiempo opacado por su violencia.

EXCESOS DEL TERROR

Llegaron también al imaginario, la tradición y el recuerdo de aquellos deudos que sobrevivieron.

Aunque la obra guarda un paso lento en su primer tercio y tarda en exponer las bondades de su registro, una vez que lo hace, la orquestación de sus componentes es lúdica, consistente y precisa. Guion, dirección, actuaciones, sonido y ambientación guardan un nivel de profesionalismo tan homogéneo, que contribuyen a que esa coreografía de la ambivalencia fluya con el ritmo indispensable que una atrocidad como aquella requiere para ingresar sigilosa a la memoria y al corazón del espectador.

¿Qué significa una obra de este tipo en Larcomar? ¿Es la locación escogida una parte de esta alegoría que trasciende a la escena, o es que solo se trata de un incómodo baño de historia para un sector habituado al encapsulamiento? ¿O es que todo es, simplemente, una inocua circunstancia? Sea cual fuera la razón, que un pedacito del Perú profundo de ayer se inserte en uno de los símbolos de la afortunada Lima de hoy debería servirnos como motivo de reflexión, si no de integración y hasta reconciliación.

Es sabido que algunos temas, por controversiales, pueden significar grandes riesgos comerciales y hasta políticos para sus productores, y aun así nada de esto asegura la calidad artística. Pero cuando se aborda una herida nacional con la prudencia de no caer en los maniqueísmos tradicionales de caricaturizar a los bandos y se tiene la honestidad de hurgar en las justificaciones más intrínsecas de sus verdugos, es quizá cuando estamos frente a un trabajo que conjuga la historia y la ficción para convertirlas en arte. Un arte que, esperemos, les lleve a algunas masas aquel universo complejo y vecino que en su momento, por indiferencia o cerrazón, muchos supimos ignorar.

EL HABLA CULTA

UN DÍA COMO HOY DE...

El Comercio

- MARTHA HILDEBRANDT -

Patuleco. Es un obvio derivado de *pata* 'pierna' con la terminación *-eco*. Este adjetivo aparece en el DRAE 2001 con una acepción americana: "Dicho de una persona: Que tiene un defecto físico en los pies o en las piernas". El también académico *Diccionario de americanismos* (2010) consigna así esta palabra: "Referido a persona, que cojea o anda defectuosamente"; pero además registra la acepción: "Referido a persona, que tiene las piernas torcidas de tal modo que las rodillas le quedan juntas y las piernas separadas".

Los vapores Maple Branch y Cervantes de bandera inglesa, ambos consignados a la casa Duncan Fox, con destino al Callao, han sido hundidos por un buque alemán. Esto perjudica el comercio del Perú porque la carga venía destinada a diversas empresas negociantes de nuestro país.

Sobre todo el Maple Branch traía valiosísimo cargamento para Lima y para empresas azucareras del norte. Con la pérdida de ambos barcos, premunidos de seguros de guerra, cuyo costo es muy alto, el daño lo sufre el gobierno inglés, pues tendrá que reembolsar el costo de todas las cargas.

1914

Los desastres de la guerra

Director General: FRANCISCO MIRÓ QUESADA C.

Directores periodísticos interinos: JUAN PAREDES CASTRO y MARIO CORTIJO ESCUDERO

Directores fundadores: Manuel Amunátegui [1839-1875] y Alejandro Villota [1839-1861]
Directores: Luis Carranza [1875-1898]
- José Antonio Miró Quesada [1875-1905]
- Antonio Miró Quesada de la Guerra [1905-1935]
- Aurelio Miró Quesada de la Guerra [1935-1950]
- Luis Miró Quesada de la Guerra [1935-1974]
- Óscar Miró Quesada de la Guerra [1980-1981]
- Aurelio Miró Quesada Sosa [1980-1998]
- Alejandro Miró Quesada Garland [1980-2011]
- Alejandro Miró Quesada Cisneros [1999-2008]
- Francisco Miró Quesada Rada [2008-2013]
- Fritz Du Bois Freund [2013-2014]